

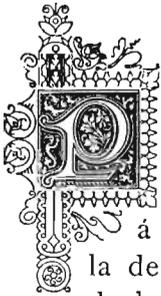


III.

NAUFRAGIO EN LA HERRADURA.

1560-1563.

Muerte de Andrea Doria.—Desquiciamiento de la armada real en el Mediterráneo.—Perece D. Juan de Mendoza con su escuadra.—Sitio de Mazalquivir.—Valentía de los defensores.—Llega el socorro.—Turcos y argelinos huyen.



PROFUNDA impresión debió hacer en el ánimo del anciano Capitán general de la mar, Andrea Doria, la nueva de los sucesos de los Gelves, llegada á Génova de un modo vago que proyectaba sobre la derrota de los cristianos sombras aun más negras de las que en realidad tuvo. Temió por la vida del ahijado y favorito en cuyas manos había puesto las galeras, la insignia de su dignidad, y en cierto modo su reputación, pues que en nombre suyo regia la armada del Rey Católico joven y sin las probanzas que podían alegar los generales puestos á sus órdenes ¹.

¹ Andrea Doria no tuvo hijos. Adoptó al mayor de su primo Tomás, á Juanetín Doria, que se mostró digno del afecto y distinciones dispensadas; adoptó también á Marco Antonio del Carreto, hijo habido por su mujer en anterior matrimonio, y le dió autorización para usar su apellido. De este Marco Antonio nació Zenobia, y de Juanetín, asesinado en las calles de Génova la noche de la conjuración de los Fiesschi (2 de Febrero de 1547), fué hijo Juan Andrea. Lo tuvo por suyo desde aquel momento, en que contaba ocho años de edad, el Almirante; le inclinó al matrimonio con Zenobia, y fueron los dos objeto de predilección y herederos de sus bienes. Juan Andrea, nada semejante en carácter á su tío, contó en Italia escasa simpatía. «G. Andrea non è figura simpatica neppure a noi Italiani», dice



Es de presumir que no llegaron á oídos del casi centenario Almirante los comentarios ni los epigramas que quizá en la misma ciudad de Génova se hicieron ¹; sabría por encima, y por carta del mismo Juan Andrea, la destrucción de la escuadra; que con *La Real*, tan primorosamente labrada, se habían perdido las galeras de su propiedad, los esclavos, lo que afectaba á los bienes de fortuna; mas que la persona querida estaba en salvo, y por ello dió muchas gracias á Dios, haciéndose conducir inmediatamente á la iglesia en actitud ejemplar humilde. El golpe resintió, sin embargo, á la materia, debilitada por tantos años de vida en la estrechez é incomodidad de los bajeles de su tiempo.

Juzgándole un escritor marino imparcial, siempre juicioso y benévolo ², pensaba que le han enaltecido acaso demasiado sus compatriotas genoveses y deprimido injustamente en otras regiones italianas, pues que supo mantenerse fiel á los intereses de España, sin ir en modo alguno contra los de la patria. Hállale en las batallas de difícil apreciación, no sabiendo decir si fué á veces táctico que vacila, propietario de galeras y de esclavos que cuida de la conservación, ó general que se estima inferior al cargo.

el Sr. Manfroni en la crítica antes citada; sin embargo, procediendo en justicia, consigna que en relaciones del tiempo se le atribuye esta frase, á raíz del suceso de los Gelves: «Che era contento d'aver perduto la battaglia, ma d'aver salvato l'onore».

¹ Uno italiano se contiene en el libro referido, *El desastre de los Gelves*; y porque apareció con graves errores de ortografía me complazco en reproducirlo corregido por el mismo Sr. Manfroni:

PASQUINO. Marfodio tuto vegno spaventato
E non so si en le spalle sto ferito.
MARFORIO. Del traditor Paschin forse ay fugito?
PASQUINO. Non, ma di buona voglia ritirato.
MARFORIO. Quanti nemici nostri ay ammazzato?
PASQUINO. Niun con mano armata, ben col dito
Perchè quel Mondo (?) va tuto smarito
Per le profese che con lui e ho fato.
MARFORIO. Non dico questo, ferma per Dio il passo
Che anchora par che di paura fugi
E dimmi perchè mai voltasti il fianco.
PASQUINO. Dirò il vero; fugir mi fe 'l fracazo
Lì tiri, le bombarde li archibugi
Ma sopra tute cose un moro bianco

² El almirante Jurien de la Gravière.



Esta opinión, singularmente explanada al considerar la batalla de Previsa ¹, tuvo participes entre los coetáneos de Carlos V, influidos de la sagaz política veneciana, existiendo relaciones españolas en que se supone que, poco satisfecho el César del empleo de su armada ante el golfo de Arta, dijo públicamente: «Donde no está su dueño, ahí está su duelo.»

Sin mucha exigencia debía esperar algo más de lo que consiguió la Liga con fuerzas de tanta consideración y costo; que le doliera la ineficacia parece natural, mas nada acredita que de ella culpara á Andrea Doria, ni que por la campaña de Grecia ó por otros motivos perdiera nunca el alto aprecio en que le tuvo el Emperador, patente, mucho más que por la concesión del Toisón de Oro, de los títulos con renta de Príncipe de Melfi y de Canciller del reino de Nápoles, por la instrucción reservada que envió desde Bruselas en 24 de Junio de 1554 á D. García de Toledo, tratando de la guerra de Siena y de Córcega, en que se leen estas frases, relativas al Capitán general de la mar ²: «Que os tenga siempre á la mano para poderos emplear en lo que más holgare y os ordenare de nuestro servicio y de su descanso, como no dudamos que lo haréis, según la afección y amor que habéis siempre mostrado y tenéis á ambas cosas ³».

¹ Véase lo expuesto en el t. I, cap. XVII.

² *Dirección de Histrografia. Colección Navarrete*, t. XXXIII.

³ En los momentos de su muerte, escribió su historiador Capelloni, iba á cumplir el príncipe Doria noventa y cuatro años. Su único deseo consistía en despedirse de Juan Andrea, al que esperaba de hora en hora. Guardó cama el viernes 22 de Noviembre de 1560; conoció el domingo 24 que se acercaba su fin, y confesó y comulgó, pidiendo seguidamente la Extremaunción con las ceremonias de la Iglesia. Hacia la media noche llamó al ayuda de cámara, Antonio Piscina, volviendo á decir que hubiera querido abrazar á Juan Andrea antes de dejar el mundo para hacerle varias recomendaciones; visto que Dios no le acordaba esta satisfacción, sometiéndose á su voluntad divina, pedía que le supliera, diciéndole de su parte, tan luego como llegara á Génova, que ante todo había de vivir en el temor de Dios, y que no dejara en tiempo alguno el servicio del Rey. Que lo hiciera con vigilancia, honradez y fidelidad, imitándole; que amara y honrara á su patria, teniendo en el corazón la libertad de Génova, sin omitir nada en su pro. Relativamente á su persona, quería que, al amortajarle, se le pusiera al cuello la insignia pequeña del Toisón de Oro, con que deseaba ser enterrado. El collar había de conducirlo á España Piscina y entregarlo al Rey, manifestando en su nombre, que



Alguien pensaría que con el cuerpo del veterano se había sepultado la marina real en el Mediterráneo; tal andaban azorados los capitanes y medrosa la gente de las playas, oyendo cada día nuevas de Dragut, que campeaba impunemente hacia Levante, ó de Hassán el argelino, que lo hacía por el lado opuesto, promoviendo nueva rebelión entre los moriscos de Valencia, perdido desde el día de los Gelves el prestigio del nombre que se procuraba mantener ¹.

recibida aquella condecoración del Emperador, de santa y gloriosa memoria, creía deber ponerlo en sus manos. Rogaba en su última hora que, en consideración á los servicios prestados á su padre y á él, acordara su real protección á Juan Andrea y á Pagano Doria, asegurando que ambos habían de serle fieles como él mismo. Dicho esto, recomendando devotamente el alma á Dios, expiró con los ojos fijos en un crucifijo. Anteriormente tenía mandado expresamente que se verificara el entierro de noche, sin pompa ninguna, y así se hizo, depositando el cuerpo en el sepulcro que tiempo atrás había encargado á Giovanni Angelo Montorsoli, en la capilla subterránea de la iglesia de San Mateo. Escrito su elogio por D. Luis Zapata, lo acabó diciendo: «Aquí dió fondo perpetuo y murió después en servicio del poderoso Felipe, Rey de España, y así vi en Génova un claro é ilustre epitafio alrededor de sus casas; de modo que sirvió fielmente á una República y á tres Príncipes de voluntad y condiciones diversas, cortando su servicio y fidelidad á la medida de sus talles. Pues otra lealtad usó mayor con su patria; que queriendo el Emperador hacerle señor perpetuo de Génova, él tanta merced no la aceptó, queriendo más ser un fiel y gran ciudadano de ella, que un desleal príncipe, tirano y señor de su patria.» (*Miscelánea. Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 81.) Bueno es, conocida esta opinión, hacerse cargo de lo que, en carta fecha en Roma á 29 de Septiembre de 1531, escribía al Emperador el Cardenal de Osma: «Dijome su Beatitud, entre hablas, que Andrea Doria no era bien querido en Génova, y que era la causa porque los Adornos eran sus contrarios, y los Fragosos, de cuya parcialidad ha sido siempre él capitán, viendo que él gobierna la ciudad y que el gobierno hecho es cerimonia, pues no se hace sino lo que él ordena, súfrenlo de mala gana, paresciéndoles que es duque en la obra, el cual nombre han poseído ellos y los Adornos doscientos años ha.» (*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de España*, t. XIV, página 220.)

Un compatriota le ha juzgado «sperimentatissimo, quatanque avesse abbracciato la carriera del mare in età avanzata; non punto rischioso, comunque all'evento incombe sapesse riparare con maravigliosa risolutezza; capitano di *testa* più che di *cuore*; giammai dimentico dell'interesse del suo signore e del propio, savio cittadino, squisito cortigiano, amoroso congiunto, politico avveduto, Andrea D'Oría non trova posto nella schiera dei marinari poetici cui appartengono Ruggero di Lauria, Dragut, Marcantonio Colonna, Francesco Morosini, Lazzaro Mocenigo, Suffren, Nelson e David Porter. Sta fra gli abilissimi amiragli d'ogni nazione. E dello stampo degli Agrippa e dei Farragut.» Augusto Vittorio Vecchi, *Storia generale della marina militare*, segunda edizione. Livorno, 1895, t. I, pág. 317.

¹ En 8 de Junio de 1560 se expidió título de lugarteniente del príncipe Andrea



En las Cortes de Toledo sonaba la voz del reino:

«Otro si decimos que aunque V. M. ha tenido siempre relacion de los daños que los turcos y moros han hecho y hacen andando en corso con tantas bandas de galeras y galeotas por el mar Mediterraneo; pero no ha sido V. M. informado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese lo habría mandado remediar; porque siendo como era la mayor contratacion del mundo la del mar Mediterráneo, que por él se contratava lo de Flandes y Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos, y con toda la Grecia y aun Constantinopla, y la Morea y toda Turquía, y todos ellos con España y España con todos; todo esto ha cesado, porque andan tan señores de la mar los dichos turcos y moros cosarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni de Poniente á Levante, que no caiga en sus manos; y son tan grandes las presas que han hecho, así de cristianos cautivos como de haciendas y mercancías, que es sin comparacion y número la riqueza que los dichos turcos y moros han habido, y la gran destruccion y asolacion que han hecho en la costa de España; porque dende Perpiñan hasta la costa de Portugal, las tierras marítimas se están incultas, bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar; y así se han perdido y pierden las heredades que solian labrarse en las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto tambien se desminuyen, y es grandísima inominia para estos reinos que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan

Doria al ilustre Marco Antonio Doria y del Carreto. *Dirección de Hidrografia. Colección Sans de Barutell. Simanca, art. 2.º, núm. 20.*

Un romance escrito por Alonso Gómez de Figueroa da cuenta de un siniestro terrible ocurrido entonces. *Obra nuevamente compuesta del suceso y desastre que aconteció en Málaga el primer día de Pascua de Espiritu Santo. En un galeón que estaba con quinientos soldados de infantería. Y en el mesmo puerto, á media legua de la ciudad, se abrió y se fueron á fondo con toda la gente que llevaba, que no escaparon sesenta personas. Acaesció á 25 de Mayo de 1561 años. Impreso en Sevilla, 2 hojas en folio.*



gran daño y ofensa á toda España; y pues V. M. paga en cada un año tanta suma de dineros de sueldo de galeras, y tiene tan principales armadas en estos reinos, podríase esto remediar mucho, mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardando y defendiendo las costas de España sin ocuparse en otra cosa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y considerar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y ordenar de manera que, á lo menos el armada de galeras de España no saiga de la demarcacion della, y guarde y defienda las costas de dicho mar Mediterraneo desde Perpiñan hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el río de Sevilla, y V. M. mande señalarles tiempo preciso, que sean obligados á andar en corso y en la dicha guardia sin que dello osen exceder; porque en esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran bien y merced á estos reinos.»

El emperador Carlos V mandó construir 50 galeras de una vez por decoro de la majestad al ir á Italia; D. Felipe dió órdenes apretadas para poner en astillero las quillas de otras tantas que reemplazaran las perdidas, convocando en Barcelona maestranza de todos los puertos de España y haciendo traer árboles de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya; y mientras la fábrica avanzaba por sus pasos, agregó á la escuadra de galeras de España, de D. Juan de Mendoza, algunas genovesas, juntando 28, reforzadas con 3.500 infantes para atender preferentemente á la costa de Valencia y á la plaza de Orán, amenazadas.

A la última había de acudir primero con municiones, y ya que las había embarcado en Málaga, dió pasaje á mujeres y familias enteras de soldados, admitiendo en la Capitana á dos niños pequeños, hijos de D. Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, nietos de D. Martín.

El 18 de Octubre de 1562, concluida la faena, empezó á soplar mansamente de Levante, viento para el que la playa de Málaga era desabrigada y peligrosa. Sabíalo muy bien D. Juan de Mendoza, criado en las galeras al lado de su padre D. Bernardino; y conociendo las condiciones de la costa,



determinó salir de allí sin dilación y fondear en la Herradura, que es un ancón situado 40 millas más á Oriente, con excelente resguardo de tal rumbo, experimentado por don Juan en dos ocasiones en que salvó á la escuadra refugiándola en aquel abrigo.

Aunque contra el viento fuerte bogaron desde las dos de la noche hasta las diez de la mañana siguiente, lunes 19, en que surgieron y se aseguraron con dobles amarras en precaución del temporal que amagaba; mas no descargó la mayor furia de Levante, como se temía; á la media hora de ventar por este lado rondó hacia el Sur con tal violencia que no dió tiempo á levar otra vez, encontrándose las galeras sin el reparo que buscaban, batidas abiertamente.

Empezaron á garrar las unas y á dar en tierra las más próximas, haciéndose pedazos; visto lo cual, en algunas, por salvar las vidas, cortaron los cables, dejándose ir á la playa donde fueron sorbidas de la mar con la gente despedazada por la resaca ó por los reinos y objetos mil flotantes que en su furia movía á un cabo y á otro.

La Capitana de D. Juan de Mendoza, hermoso bajel de 28 bancos, construído en Nápoles, nuevo, de cinco meses, aguantaba bien sobre los ferros; sin embargo, no creyendo los prácticos que pudieran resistir mucho tiempo las amarras, trataron de varar, dando un calabrote por el través de estribor, y halando por él al mismo tiempo que largaban el cable de la otra banda. En esta disposición se atravesó á las olas la galera y tumbó, anegándose.

Don Juan estaba en la popa con una marlota roja, ceñida una tohalla y un zaragüell largo de raso pardo. Animaba á la gente, y más que nada se ocupaba de la vida de los dos niños que le estaban confiados. Al caer al agua quiso nadar; pero el golpe de un madero en la cabeza le aturdió y echó al fondo, suerte que cupo también á los niños, á D. Francisco de Mendoza, hijo del Marqués de Mondéjar, al veedor Morillo, con otros caballeros, no escapando de su compañía más que el piloto, nueve marineros y trece forzados.



De las 28 galeras, que eran ¹: 12 de la escuadra de España; 6 de Nápoles y de particulares á sueldo de la Corona; 6 del marqués Antonio Doria; 2 de Bendineli Sauli, y 2 de Estéfano de Mari, dieron al través, ó se anegaron, 25, salvándose únicamente tres de la escuadra primera: *Mendoza*, *Soberana* y *San Juan*.

La pérdida de gente es difícil de estimar en las relaciones ², que fluctúan en las cifras de 2.500 á 5.000 personas, ya porque en unas no se cuentan las mujeres, ya porque otras hacen caso omiso de los infelices remeros forzados. En lo que andan conformes es en lamentar la muerte del General, porque fué de los valerosos que las galeras de España tuvieron, no habiéndose quedado atrás en la reputación heredada de su padre.

Desde 1545 había mandado escuadra, haciendo continuas campañas en los mares de Italia y de España con vigilancia y fortuna de muchas presas de berberiscos y turcos. Sólo el año 1556 tomó en aguas de Sicilia 11 galeotas.

Mas Dios, que la tierra y mar
Manda y rige en toda parte.
Por bien tuvo que este Marte
Feneciese ³.

Tal suerte infeliz cupo á otro hermano, D. Íñigo, general de las galeras de la Orden de Santiago, navegando por la ribera de Génova en una con poco lastre y mucha vela, que trastornó el viento ⁴.

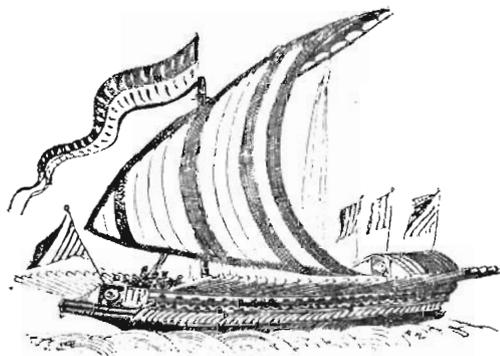
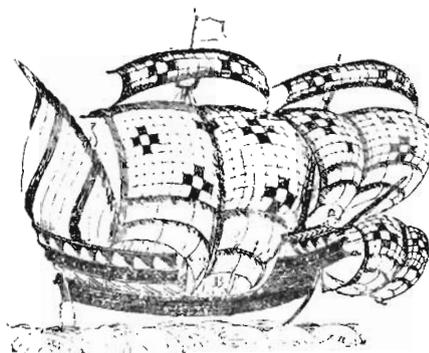
La nueva calamidad de la Herradura, siguiendo tan de cerca á la de los Gelves, contristó profundamente á la gente

¹ La orden de reunión de estas galeras se halla en la *Colección Sans de Barutell*. *Simancas*, art. 3.º, núm. 170.

² Las he condensado en el libro de *Viajes regios*, incluyendo el sentido romance que escribió el soldado Fernando Moyano, testigo de vista, con pormenores y nombres de los capitanes y de los bajeles.

³ Fernando Moyano, *Romance* citado.

⁴ Así (escribió Zapata) fué del honrado caballero la patria el mar, la galera casa y un pece sepultura. Del ahogarse se hizo gran sentimiento dél por todo el mundo. (*Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 38.)



Nao y galera pintadas en un arcón que perteneció á Miguel de Oquendo.





marinera nuestra, al paso que en la costa frontera argelina se celebraba pensando que, perdidas aquellas galeras, no quedaban al Rey de España otras con que proteger á la plaza de Orán, y volvería, por tanto, esta vez al poder mahometano. Creyó lo mismo el Gran Señor, y mandó al virrey Hassan que hiciera la conquista luego, para lo que le enviaba á Piali con 10 galeras de las apresadas, refuerzo de las suyas oportuno. En breve puso en campaña más de 50.000 hombres provistos de artillería gruesa, y en la mar 45 bajeles de remo y 5 navíos franceses de alto bordo ¹, dirigiéndolos simultáneamente sobre Mazalquivir como escala.

Antes de conocer esta resolución llamó el rey D. Felipe á Cortes en Madrid, con objeto de pedirles subsidio extraordinario, declarando en la convocatoria ² ser preciso remediar la pérdida de galeras, armar otras, meter en orden las fronteras, puertos y costas de Africa, teniéndose por cierto que la armada del Turco y los bajeles de Argel y el Peñón de Vélez se juntaban. La proposición (que hoy diríamos discurso de la Corona), leída el 25 de Febrero de 1563, expresaba ³ que, habiendo sucedido la pérdida de los Gelves, que fué tan grande, y quedando las fuerzas de mar enflaquecidas y los infieles con soberbia é insolencia, se habían hecho grandes costas y había que continuarlas por la pérdida que sobrevino de las galeras que Argute Arráez (Dragut) tomó, de las que se perdieron en Sicilia, y mucho más necesario y forzoso después del caso sucedido en el puerto de la Herradura. Que asimismo habían armado cosarios franceses y de otras naciones, herejes y luteranos, que infestaban los mares y puertos, por lo que tenía ordenado formar una muy poderosa armada de galeras que no sólo fuera suficiente á la resistencia de los dichos turcos é infieles, mas pudiera con ella ofenderlos en sus propias tierras y provincias.

¹ Cabrera de Córdoba. Salazar.

² A 12 de Diciembre de 1562.

³ *Actas de las Cortes de Castilla*, publicadas por el Congreso de los Diputados, tomo I.



En tanto se deliberaba la proposición urgentemente, por haber de partir S. M. á las Cortes de Monzón entrado el mes de Abril de 1563, los hijos del valeroso Conde de Alcaudete muerto en Mazagán, D. Alonso y D. Martín de Córdoba, guardaban las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, preparados, en cuanto de su voluntad dependía, á la lucha, á que les estimulaba la llegada de embarcaciones menores en que se les envió desde Málaga dos mil fanegas de trigo, herramientas de zapadores, pólvora, un ingeniero y algunos soldados de experiencia. Como eslabón entre los presidios, y á fin de darse la mano, construyeron en loma intermedia un fuerte llamado *San Miguel*, y otro avanzado de Mazalquivir, que denominaron *Los Santos*.

A éste atacó primeramente el argelino por mar y tierra, cuidando las galeras de interrumpir las comunicaciones con Orán; y aunque doscientos soldados defensores hicieron destrozo, derribados los muros, que eran de tapial, hubieron de ceder. Hassán cercó entonces el otro fuerte de San Miguel, considerándolo llave de Mazalquivir, como éste lo era de Orán. Ante la plaza dejó 24.000 infantes y 400 caballos; á la otra bloqueó poniendo sus soldados á cubierto de la artillería en Cerro Gordo, como lo estaba la escuadra tras del cabo Falcón, y lanzó á los genizaros al foso del fortín, que gente le sobraba para todo; pero rechazados en seis asaltos consecutivos los turcos de elección, se persuadieron de no ser llana la empresa. Detúvales el obstáculo hasta el 8 de Mayo, en cuya noche abandonaron las ruinas los españoles replegándose á Mazalquivir, después de sostenerse veintidós días, muchos más de lo que se esperaba por moros y cristianos.

Llegó la vez á la ciudad, débilmente fortificada, en que se pasó muestra á 470 hombres; pocos defensores, con la remota esperanza de socorro que tenían. Abierta trinchera y situadas baterías á cuarenta y cinco pasos de la muralla, batiendo sin cesar, al mismo tiempo que desde un cerro dominante tiraban con culebrinas á las casas, el 20 de Mayo envió Hassán por delante 12.000 alárabes para que quebrase en ellos la furia de los arcabuceros, y á la espalda dos colum-



nas compactas que dieran el asalto. La mortandad fué espantosa; pero sin vacilar los turcos corrieron animosos, llegando á plantar su bandera en una almena y á lidiar cuerpo á cuerpo en lo alto, lo mismo que en las brechas, hasta ser arrojados al foso.

El 1.º de Junio se repitió la acometida por tierra y mar con igual bizzarria de parte y parte. De la plaza, á más de las piedras, dardos y alcancias, rodaron esta vez barriles de pólvora, que, reventando entre la apretada masa de los argelinos, sembraron el espanto, haciéndola retroceder velozmente. Los días 6 y 7 volvieron á estrellarse contra las defensas los bríos de los asaltantes. A la suprema necesidad acudían el ingenio y la vigilancia de D. Martín con reparos y recursos inesperados. El suelo estaba cubierto de cadáveres.

Para el 16 de Junio ¹ preparaba Hassán el golpe decisivo, habiendo arengado á la hueste y avergonzádola por su indecisión frente á tan pocos y despreciables enemigos cristianos. Estábanse formando las columnas cuando asomó el alba, y súbito oyeron el estruendo de artillería de la plaza acompañado de vocería, clamor de campanas, sonido de trompetas y atambores. ¿Qué ocurría? Digámoslo.

Tenía el rey D. Felipe avisado á los gobernadores en Italia el apuro de las plazas de Berbería, ordenándoles despacharan urgentemente las naves de que pudieran disponer, procurando en el interin que recibieran algún auxilio. A propósito fué comisionado D. Alvaro de Bazán con las cuatro galeras en que de ordinario andaba en protección de la recada de flotas de Indias, y se acercó con precaución á la ciudad sitiada, tratando por dos veces de burlar la vigilancia de los bloqueadores, sin lograrlo.

Algo parecido ocurrió al Abad de Lupián, armador tonsurado que poseía una galera; de forma que transcurrieron dos meses sin que los avisos y ruegos del Conde de Alcaudete obtuvieran respuesta. Al fin el último día de Mayo, aprovechando un violento temporal que había forzado á la escuadra

¹ Cabrera de Córdoba.



de Argel á refugiarse en el puerto de Arceo, entraron en Orán dos fragatas: una de Málaga, de Cartagena la otra, llevando seguridad de seguirles muy pronto el socorro que se estaba preparando.

Recibió encargo al efecto, con título de Capitán general, D. Francisco de Mendoza, que armó y dispuso á toda priesa las galeras nuevas construidas en Barcelona, y fueron juntándosele las de Malta, las del Duque de Saboya, las del Cardenal Borromeo, enviadas á la necesidad. Juan Andrea Doria trajo 12 de Génova, de buena aplicación á no suscitar con ellas enojosa cuestión de precedencia. Vista la insignia de Mendoza, pasó á la corte á representar al Rey que, habiendo sido jefe supremo en Italia, no podía servir subordinado ahora, y porque no era ocasión de descontentarle contemporizó D. Felipe, ofreciendo que en Italia volvería á tener la jefatura; mas como no había razón para quitarla al que la tenía, fueran las galeras genovesas á la jornada regidas por su hermano Pagano Doria, y él como consejero sin cargo, que de este modo en su experiencia y valor fiaba el buen suceso. Se aquietó con la benignidad del Rey la susceptibilidad del de los Gelves, y volvióse á Cartagena á tiempo en que llegaba aviso último de Mazalquivir diciendo haberse comido los caballos, estar todo consumido y ellos amparados tras de barricas y traveses de madera y de tierra, sustentándose con trabajo en pie, en el aprieto del hambre y trance de la vida.

Partió D. Francisco de Mendoza con 34 galeras, unidas las de Nápoles, de Bazán, de Antonio Pascual Lomelín y del Abad de Lupián, conduciendo 4.000 soldados y muchos caballeros voluntarios. Navegaban con precaución, deseando sorprender á los enemigos, llegando sobre ellos de amanecida, y dicho está que lo hicieron en el instante en que formaban las columnas para lanzarlas al asalto definitivo. Veinte bajeles suyos sobre la playa (los demás habían ido á Argel por municiones y bastimentos) descubrieron los primeros á la armada cristiana, y diéronse á huir hacia Poniente á toda vela. Los turcos de las trincheras las abandonaron; y como



nuestras galeras hicieran muestra de atracar al cabo Falcón, temiendo Hassán le cortaran el paso, determinó la retirada con bastante orden, salvando las tiendas y cubriendo la retaguardia con escopeteros.

Dejaron en el campo 16 piezas de artillería, muchas municiones, ropa y mantenimientos, una bandera, herramientas, madera, cureñas y ruedas. Se tomaron cinco galeotas sin gente, y las cuatro naves grandes francesas con alguna parte de la suya, que fué puesta en galeras al remo, después de haberla interrogado por qué siendo cristianos habían venido en ayuda de los infieles trayéndoles municiones ¹.

Contando lástimas, describiendo lo que los del socorro vieron en Mazalquivir, y haciendo elenco de personas de calidad muertas en el sitio, ocupan los historiadores del tiempo páginas largas, que pueden resumirse en estas pocas líneas de D. Luis Zapata ²:

«Estaba el animoso marqués D. Martín de Córdoba herido, y hecha pedazos su gente..... de hambre, como espíritus consumidos y flacos, *nulli sua forma manebant*, y de los soles de la ardientísima Africa negros como alarves, y del nunca dormir vencidos, no del fuego ni del hierro, sino del sueño y del hambre; botas y rotas sus armas, ya sin mechas los arcabuces, sin pelotas sus bolsas y sin pólvora sus frascos; la muralla despedazada y abierta cuarenta pasos; sólo sirviendo de muros las valerosas manos del animoso Marqués y de los pocos que con él habían quedado, y juntos á la ya no fuerza, sino flaca, montón de turcos muertos y hechos dellos jiras.»

Tiempo era de levantar el espíritu mareante, abatido con la consideración dolorosa de infortunios fatídicos en principio de reinado: aquí el heroico Conde viejo de Alcaudete, general abandonado de su hueste; allá, cabe Trípoli, la hueste

¹ «Por lo cual (escribió Salazar) D. Francisco los mandó echar al remo, aunque con muy justa causa los pudiera mandar ahorcar, y en ellos fuera muy bien empleado, porque otros tomaran ejemplo, aunque la principal culpa estaba en los que los enviaron de Francia.»

² *Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 42.



abandonada de su General; enfrente General y hueste abismándose juntos, menos mal el último, dada por lenitivo al sentimiento la convicción de que llenaron todos su deber. Registrar las espaldas á los turcos era suceso de los que se iban borrando en la imaginación de los navegantes, y en buen hora volvía para hacerles olvidar el estribillo de los cautivos asidos al remo:

«¡ Ay Dios; felices los que plantan coles! »